

Una visión de lectora

Anamari Gomís

En lugar de llevar a cabo la revisión o la reflexión de un siglo de narrativa mexicana, lo cual resultaría por demás imposible en el breve espacio de esta intervención, prefiero perseguir ciertas formas de narrar de escritores mexicanos que me marcaron. La idea es traer a la superficie algunos rasgos, los cambios, las diferencias en la obra de los escritores de mi predilección o de los que me provocan ansiedad y rechazo. Esta es la visión de una lectora que lee como narradora, que le busca las costuras a los textos como estudiosa de la literatura, pero, más que nada, que se acerca a la literatura con cierto sentido de absoluto protagonismo: ¿y esto por qué me deslumbra?, ¿y esto otro por qué lo repelo o por qué no pude escribirlo yo? No soy, pues, una lectora que caiga cómodamente en una mullida poltrona y se deje abrazar por el texto. Aunque a veces sí me ha ocurrido así, y pienso, por ejemplo, en *El complot mongol* (1969) de Rafael Bernal, en *El desfile del amor* (1985) de Sergio Pitol o en *El apando* (1970) de José Revueltas, o, para irme más lejos, en *La sombra del caudillo* (1930) de Martín Luis Guzmán. Resulta que existen momentos en los que la lectura sofoca toda expectativa y entonces se origina una experiencia oceánica, de fundación.

No cabe duda que muchísimos escritores nos han provocado esta sensación. A veces se trata de ciertos párrafos iluminadores, como ocurre cuando se lee a José Vasconcelos, uno de los personajes más relevantes de nuestra cultura nacional. También uno de los más extraños. Su obra fue prolífica y abordó demasiados temas y disciplinas, pero considero que sus escritos autobiográficos: *Ulises criollo* (1936), *La tormenta* (1936), *El desastre* (1938), etc., son textos narrativos, debido a que fueron escritos con una intención literaria y hasta filosófica. Las ideas y la reflexión del mundo y sus cosas son necesarias para la narrativa. De esto estaban convencidos los ateneístas y de abreviar en las aguas de la cultura universal.

Uno de los más conspicuos miembros del Ateneo fue Alfonso Reyes. Como Vasconcelos, escribió mucho. Sus temas, sin embargo, fueron casi siempre literarios. Por su profundo conocimiento del helenismo y de la literatura europea y por su habilidad prosística le debemos páginas espléndidas, ahítas de luz. Sin embargo, y me queda mucho por leerle a

don Alfonso, todavía no he experimentado ningún arrebató al leerlo. Reyes fatigaba la erudición y se sumó muchas veces a los vientos de renovación, pero no lo suficiente. Hay un famoso cuento suyo, “La cena”, que anuncia la *Aura* de Carlos Fuentes y que no nos cubre con su manto textual sino que nos carga de curiosidad. Se trata de un texto vanguardista, una desfiguración de los *Aspern papers* de Henry James. El lector hace, necesariamente, la lectura de un cuento críptico, lleno, acaso, de significaciones, que produce otra manera de leer. Se vale. El caso es que existen escritores como Salvador Novo, que causan pasmos en el lector, y otros, como Reyes, que lo atemperan.

Pero mi propósito no es establecer estrategias de lectura. Lo que quiero es realizar un paseo por ciertos lugares de la narrativa mexicana de este siglo y detenerme en algunos; los más significativos para mí, claro está.

Justamente, uno de los escritores que más me interesan con los años es Salvador Novo. Como dice de él don José Luis Martínez: su “[...] prosa es una de las más originales y eficaces de nuestras letras modernas”.¹ Si su poesía resulta ágil, bocona y filosa, sus escritos narrativos —tanto los periodísticos como los históricos o los ensayísticos— se revelan contra las formas aseguradas. Se trata de un verdadero innovador. *La estatua de sal*, texto autobiográfico que prologó Carlos Monsiváis y que editó CONACULTA el año pasado, como parte de *La vida en México*, artículos que Novo dividió en sexenios presidenciales, nos conduce al mundo extraordinario y personal de uno de los escritores más singulares del grupo de contemporáneos. *La estatua de sal* se publicó tardíamente, pero antecede a *Nuestra señora de las flores* de Jean Genet, notable novela sobre el mundo gay.

La novela de la Revolución conforma un episodio esencial para entender nuestra literatura. No ahondaré en ella, sin embargo. Bástame decir que sin Mariano Azuela, sin Martín Luis Guzmán, sin José Rubén Romero, la obra de narradores como Agustín Yáñez, José Revueltas y Carlos Fuentes e, incluso, Juan Rulfo, hubiese sido otro cantar. El México del siglo XX se encuentra cifrado, cocido, dominado por la Revolución y por sus frutos, muchos podridos, como sabemos. Para mí, como para muchos otros, la prosa contundente y cuidada de Martín Luis Guzmán fue el pasadizo para comprender la historia contemporánea de nuestro país, para saber cómo la Revolución permitió contubernios políticos,

¹Martínez, José Luis y Christopher Domínguez Michael, *La literatura mexicana del siglo XX*, CNCA, México: 1995, p. 69.

graves errores, asesinatos e injusticias. Al igual que sus personajes intelectuales, he asistido con horror como lectora a los actos ilícitos de los caudillos, de los presidentes o de los altos funcionarios. En esos personajes intelectuales se esconde el propio Martín Luis Guzmán. Aquí cabe mencionar a la crítica inglesa Jean Franco, quien alguna vez escribió que el espanto que sienten los Axkaná de *La sombra del caudillo*, en la obra de Juan Rulfo, en cambio, no existe. Los caracteres rulfianos toman la vida y los actos de los otros de manera natural, como la misma muerte.

Un narrador agobiante, que profundiza en sus personajes y nos ofrece una amplia gama de la miseria humana, es José Revueltas. *El apando* me parece, como a muchos otros, una pequeña obra magistral. *Los errores* (1964) resulta una novela compleja y muy bien lograda. La crítica al dogmatismo del Partido Comunista es consubstancial al relato. Por otro lado, hay un sustrato muy dostoievskiano, a posta, en la historia de un “padrote” y el enano, El-ena, los que matan a un prestamista de La Merced. Entretanto, los comunistas planean una huelga general y todo está regido por la sordidez y el error.

Revueltas puede resultar confuso y es un escritor desigual. Sin embargo, el poder de sus convicciones, los muchos pasajes aterradores de su narrativa, su realismo dialéctico y materialista, como él decía, su concepción estructurada de los inframundos sociales, su dedicación literaria por el sufrimiento y por la mezquindad de los hombres y de las mujeres lo sitúan en un lugar especialísimo de nuestras letras. Leer a Revueltas, hoy, es volver a un pasado no muy lejano, pero es encontrarse también con la abyección, la crueldad y la degradación humanas de todos los tiempos.

Agustín Yáñez escribió una novela excelente, *Al filo del agua* (1947), nuestra primera novela mexicana realmente contemporánea. Creo que Yáñez fue un escritor dedicado, perfeccionista, que hilaba fino, por decirlo de alguna manera, pero tenía una concepción totalitaria de la literatura, absolutamente inabarcable. En *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, Yáñez le dice a Carballo que *Al filo del agua* y *La creación* (1959) pertenecen a un ciclo novelístico que había proyectado y en el que sus propósitos eran:

Abarcar la vida mexicana en sus distintos aspectos: el arte, la vida universitaria, el campo, el trabajo industrial, la vida obrera, la vida en la ciudad y en la provincia, los problemas políticos y los sociales, la historia. Asimismo, quiero abarcar todos los caracteres y todas las edades. (Carballo, Emmanuel, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*. Empresas editoriales, México: 1963, p. 293).

Las aspiraciones balzacianas de Yáñez no le rindieron el fruto que él esperaba. Sin embargo, logró plasmar muchas veces algo intangible: los

estados de transición dentro de pequeños universos, como el advenimiento de la Revolución en un pueblo encerrado en sí mismo, los cambios entre la ciudad y la provincia. Su sensibilidad para esas transformaciones lo llevó, como gobernador de Jalisco, a incorporar regiones apartadas dentro del estado a la vida económica y social, pero esto es harina de otro costal.

Agustín Yáñez, escritor realista, hizo hincapié en pormenores que corresponden a una intrincada telaraña de asuntos, que sí, en efecto, delinean una parte de la vida nacional, desde el viaje en taxi de *Ojerosa y pintada* (1960) hasta *La tierra pródiga* (1960), novela que surgió de su conocimiento de Jalisco, de los caciques, de la impunidad y de la tensión entre civilización y barbarie.

No hay duda de la enorme importancia que presenta don Agustín para nuestras letras, pero su actuación de demiurgo dentro de sus obras, cosa que jamás ocurre en los textos de Rulfo, me abruma un poco.

Otro jalisciense cuya obra narrativa se destaca muy especialmente es Juan José Arreola, quien dota a la literatura mexicana de felices y renovadoras influencias, en especial las de Giovanni Papini y Marcel Schwob, maestros indirectos del autor de *Confabulario* (1952). La brevedad, la prosa condensada y efectiva, el humor y la mezcla de posibles géneros que Arreola llamó simplemente de “varia invención” en un libro con ese título (*Varia invención*, 1949) empujaron a nuestra narrativa hacia una gozosa y relajante vertiente, lejana a los afanes omnipotentes y absolutistas de la obra de Yáñez. La posibilidad de la imaginación nos las ofreció Juan José Arreola. Además, el escritor de *La feria* (1963), su única novela, fungió como tutor de jóvenes, que luego destacarían, y como director de una revista literaria: *Mester* (1964-1967). Cercanos a Arreola fueron en aquellas épocas José Agustín, Elsa Cross, Hugo Hiriart, Salvador Elizondo, Carlos Monsiváis, Vicente Leñero, Beatriz Espejo y Federico Campbell, entre otros muchos.

Si Arreola no ha sido un escritor prolífico, sí ha sido un versátil narrador de sabrosos relatos, de textos posibles, acompañados de una prosa cuidada, efectiva, pulcrísima.

Proponerse hablar sobre los narradores mexicanos del siglo que ya se nos acaba es una empresa un tanto ociosa. Abordar a todos nuestros escritores es imposible, y menos aquí. Muchos nombres se me escapan, a propósito a veces, otras por mera y desacertada omisión y otras por la simple razón de que no los he leído a todos. Rosario Castellanos, por ejemplo, reverbera todo el tiempo en este mi paseo en trapecio por la literatura mexicana, pero más que *Balún Canán* (1957) y que *Oficio de tinieblas* (1962), sus dos novelas, amén de *Rito de iniciación*, que se

resucitó del propio olvido de la autora en 1997 y cuya lectura vuelve evidente el por qué la descartó la Castellanos; más que su narrativa, digo, lo que evoco siempre de la escritora chiapaneca es su poesía. “Lamentación de Dido” me parece uno de los más extraordinarios poemas de América Latina.

Juan Rulfo y sus dos libros son consubstanciales a nuestra historia literaria y, además, todos somos hijos de Pedro Páramo.

De Elena Garro muchos textos me entusiasman enormemente y otros no. *Los recuerdos del porvenir* (1963) o *Andamos huyendo Lola* (1980) se internan en un mundo literario muy poderoso. De Elena Garro guardo en mi memoria de lectora, con emoción malsana, su proclividad para el mal. Como dramaturga, la Garro me resulta fascinante.

Ricardo Garibay, Jorge López Páez, Sergio Galindo, Edmundo Valadés e incluso Luis Spota son todos narradores excelentes. Su generación pudo finalmente desembarazarse del síndrome del muralista, es decir, de raptos nacionalistas y cosmogónicos. De todos ellos, incluidas Amparo Dávila y Josefina Vicens, me mueve un gran interés por la obra de Ricardo Garibay y por la de Sergio Galindo.

En este mi recorrido a trompicones por la narrativa mexicana del siglo XX, me entrometo en el universo de otra generación, de una generación que accedió a la modernidad estallante de los años sesenta, que leyeron con fruición a Musil y a Klossowsky, como Juan García Ponce, y a Valéry, a Mallarmé, a Bataille y a Joyce como Salvador Elizondo.

El México del milagro económico permitió que muchos escritores viajaran, que leyeran versiones originales, que experimentaran el erotismo literario. El *nouveau roman* imperaba y la cubana Julieta Campos, Elizondo y José Emilio Pacheco lo fatigaron.

Tanto *Morirás lejos* (1967) de Pacheco, como *Farabeuf* (1965) de Elizondo son dos novelas que se desconstruyen a sí mismas, para utilizar el concepto derrideano que ya nos cansa un poco. Ambos textos son espléndidos.

Farabeuf o la crónica de un instante introdujo, entre otras muchas cosas, un elemento que, aunque tratado de manera distinta por Elena Garro, resultó muy novedoso, muy terrible, muy sorprendente: el mal, el mal en sí mismo como serpiente que se muerde la cola, el mal como sistema, el mal y la muerte como erotismo. El doctor Farabeuf es un artista de la disección y su tratado médico, en lo que caen las monedas que revelarán un hexagrama del *I Ching*, termina por hacer que el narrador se remita al cuerpo de un chino sometido a un atroz suplicio. Elizondo publicó muchos más libros: *Narda o el verano* (1964), *Cuaderno de escritura* (1969), *El grafógrafo* (1970), etc., y una novela corta a mi juicio perfecta,

Elsinore (1988). La pasión de este narrador por Ezra Pound, por James Joyce, por Paul Valéry lo conducen a un confín no sólo muy culto sino proliferante de las posibilidades literarias. Antes de Jorge Volpi, autor del aclamado *En busca de Klingsor*, Elizondo provocó un feliz maridaje entre lo científico y lo literario. Con una penetrante mirada filosófica, el autor de *El retrato de Zoé y otras mentiras* (1968) tornó literarios aspectos de la ciencia, probables o verdaderos. Sin duda, se adelantó a la época en que esta hipóstasis ahora resulta no sólo convincente sino subyugante.

Alejado de los asuntos sociales o nacionales, Salvador Elizondo ha apostado por los riesgos de una literatura muy original, muy dentro de sí misma, como la botella de Klein que tanto lo apasiona.

José Emilio Pacheco es, como Alfonso Reyes, un hombre cabal de letras. Por su sólo "Inventario", su sección semanal de la revista *Proceso*, pasaría a la historia de nuestra literatura. Pero además, Pacheco es un narrador y un poeta de enormísima calidad. *Morirás lejos* —que no trata de ningún asunto mexicano, sino de la persecución antisemita y de la destrucción de Jerusalén narrada por Flavio Josefo, mientras un hombre se encuentra sentado en la banca de un parque— responde a las preocupaciones constantes del autor de *La sangre de medusa* (1972) y *Las batallas en el desierto* (1981), entre varios libros de excelente poesía. Me refiero a la obsesión de Pacheco por la devastación de la naturaleza, los momentos apocalípticos de la Historia, los trasuntos sociales en la sociedad injusta e implacable.

Con Elizondo y Pacheco, con *Galaor y Cuadernos de Gofa* (1981) de Hugo Hiriart, o *Los peces* (1968) y *Segundo sueño* (1979) de Sergio Fernández, la tradición meramente realista de nuestra literatura, el *fait accompli*, las pequeñas verdades de nuestras clases medias favorecidas por la revolución y por la modernidad son rebasadas por la metaficción, por el juego de la imaginación y por procesos íntegramente literarios. El mismo Carlos Fuentes escribe este tipo de literatura en *Terra nostra*, en *Cambio de piel*, en *Cristobal Nonato*, por citar algunos libros.

Jorge Ibargüengoitia escribió textos de otra índole: *Los relámpagos de agosto* (1965) es una verdadera parodia de la Revolución mexicana, *Maten al león* (1969) hace mofa del prototipo del dictador latinoamericano, y su última novela, *Los pasos de López* (1982), pasa revista a los héroes de la Independencia. Además, Ibargüengoitia fue un profundo conocedor de las clases medias y de los pies de los que cojean los intelectuales, los de izquierda, los enamorados, los becarios. Su humor también alcanzó a las prostitutas y a los asesinos y a los asesinados, como en *Las muertas* (1977) y *Dos crímenes* (1979).

Uno de los narradores más singulares e innovadores ha sido Sergio Pitol. Pitol, como Ibarguengoitia, introduce la mofa, la risa carnavalesca, pero además, se vale del esperpento para diseccionar a una clase social, a un político mexicano, a un marido infiel, a una mujer malvada y a otra marisabidilla. Si en un principio hice mención al realismo a veces avasallante de la literatura mexicana del siglo XX, en la obra de Sergio Pitol el realismo y no lo fantástico, sino lo histriónico, lo guiñolesco, lo impensable se funden en una prosa que no deja de hacerle guiños al lector. Sergio Pitol proviene de una sólida tradición hispánica, en la que nunca habían abrevado los mexicanos. Quiero decir que Cervantes y Quevedo, reverenciados siempre, no crearon, sin embargo, escuela entre nuestros escritores. El tríptico del carnaval, como le llama Sergio Pitol a *El desfile del amor* (1985), *Domar a la divina garza* (1989) y *La vida conyugal* (1991) abundan en referencias escatológicas, no relativas a la postrimerías de la muerte. Los relatos de Sergio Pitol nos invaden de sorpresa y, como hubiese querido Mateo Alemán, uno ve reflejado su propio rostro contorsionado.

En 1959, Sergio Pitol publicó *Tiempo cercado* y varias colecciones de cuentos y antologías. En 1972, *El tañido de una flauta* inició la ruta novelesca de un escritor que traza geografías comunes entre México y Europa. Sus personajes, como la Alicia de *Alicia a través del espejo* de Carroll, deambulan en ferrocarriles; en el caso de Pitol, pueden ser trenes transiberianos o veracruzanos. El mundo, para el escritor, se ensancha o se acorta. Su lenguaje, su imaginación plástica, su bifurcación de historias, su filigrana de pasiones literarias lo imponen en la literatura contemporánea latinoamericana.

Vivir acontecimientos literarios se transforma, para el lector de literatura, en una epifanía. Aquellos que en 1957 leyeron por vez primera *La región más transparente* de Carlos Fuentes se tornaron en testigos de un cambio radical: el de otra manera de novelar. Fuentes, el gran cosmopolita, había navegado en las aguas novelescas del estadounidense John Dos Passos, entre otros, y entonces dotaba de un nuevo vigor, un nuevo tono a la novela mexicana, amén de que mostraba al mundo la ciudad de México en toda su intensidad, con sus clases sociales, sus recovecos, sus vergüenzas y sus proezas. Dice Sergio Pitol:

La región más transparente derrumbó de golpe y para siempre más de una docena de glorias nacionales aún vivientes e hizo necesaria la revisión y recomposición de nuestra tradición literaria (*Pasión por la trama*, Era, México: 1988, p. 144).

Carlos Fuentes había concebido una nueva novela mexicana, pero él mismo provenía de una tradición iniciada por Martín Luis Guzmán, la de

producir grandes revelaciones sobre nosotros mismos, sobre los mexicanos. José Revueltas, Agustín Yáñez, Juan Rulfo hicieron lo propio. Cuarenta años después, Fuentes incide en su preocupación por delinear la identidad del mexicano moderno, nacido del parto adolorido de la contienda revolucionaria. Laura Díaz, de *Los años con Laura Díaz*, es una suerte de Ixca Cienfuegos que transita por el siglo XX y por la construcción del México de hoy, recubierto de mitos que arrancan con la Revolución y su desarrollo posterior.

Desde luego que *Pedro Páramo* (1955) también sorprendió a los lectores de los años cincuenta, pero al principio provocó una gran extrañeza. El crítico Carlos Blanco Aguinaga fue uno de los primeros en comprender la extraordinaria complejidad de la novela de Rulfo, cuya fama comienza hacia la década siguiente, gracias a las traducciones a las que se somete y a los trabajos académicos que reflexionan sobre este extraño texto, lleno de murmullos.

Doce años antes se había publicado *El luto humano* (1943) de José Revueltas, y ciertamente con este libro se abría un camino amplio y poderoso en la narrativa mexicana, que el mismo Revueltas consolidó con *Los errores* (1964) y, en especial, con *El apando*. La obra de este escritor, a veces deshuesada, a veces espesa y otras rotunda y abrumante, precisa de nuevas lecturas.

Pero yo me refería antes a la experiencia de leer textos sobresalientes recién salidos y a la reacción que producen en el lector. Es un deleite único, que infunde una sensación de instauración. Este año fue singular para la literatura mexicana. Se publicaron *Los años con Laura Díaz* de Carlos Fuentes, *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* de Daniel Sada, *Fuimos es mucha gente* de la China Mendoza, *En busca de Klingsor* de Jorge Volpi, *El resplandor de la madera* de Héctor Aguilar Camín, *El seductor de la patria* de Enrique Serna, entre otros. Todos estos, creo yo, son todos textos que precisamente conforman lo que es la narrativa mexicana finisecular.

La novela de Fuentes, como había dicho antes, repica en un tema entrañable para nuestro novelista: la mitogénesis, que uno concibe ya muy fatigado y que, sin embargo, el autor de *La muerte de Artemio Cruz*, que tiene sus grandes logros y sus descalabros, dota de nueva energía: otra vez México, las consecuencias de la Revolución y sus signos culturales, sociales y políticos. Laura Díaz es el testigo de todo un siglo y es también testigo de la escritura de Fuentes.

El libro de Daniel Sada es un laboratorio del lenguaje y de la escritura, dentro de un universo novelístico bien dominado por su autor. Su apuesta es arriesgada, pero interesante y válida.

La novela de la China recupera la escritura erótica y proliferante que ella misma había abandonado con algunos años de silencio literario. El

tema, dentro de nuestra literatura, ha sido poco abordado y menos por una escritora: el deterioro corporal y el dispendio del placer.

En busca de Klingsor de Jorge Volpi resulta, con mucho, una de las propuestas de narración más interesantes de los últimos años en México. Se desprende, por principio, del realismo que ha imperado en nuestras letras, fuera de novelas como *Pedro Páramo*, entre onírica, fantástica y realista, o *Aura* (1962) de Carlos Fuentes, una joya fantástica del máximo hacedor de nuestra literatura contemporánea, obsesionado en muchos de sus otros libros por la Revolución y sus consecuencias; fuera de *Morirás lejos* (1967) de José Emilio Pacheco, un excelente experimento de *nouveau roman*, ajena a la tradición realista mexicana; o fuera de *Domar a la divina garza*, que abre las fauces de una sonrisa sardónica, terrible y divertida. Se han escrito, desde luego, otros textos que han roto con el realismo, como *Los nombres del aire* (1987) de Alberto Ruy Sánchez, *El sitio* de Ignacio Solares (1988) y la obra subyugante de Elena Garro, cuya buena factura no siempre fue constante. Escritores como Francisco Tario, Josefina Vicens, Rafael Bernal y Amparo Dávila también se liberaron del realismo a ultranza, impuesto, acaso, por las novelas de la Revolución. Otro novelista que se substrajo felizmente del cartabón realista ha sido Fernando del Paso con su *Palinuro de México* (1977), en el que el lenguaje, la ciudad y sus funciones rabelesianas, como ha apuntado Christopher Domínguez (véase *La literatura mexicana del siglo XX*, Martínez, José Luis y Christopher Domínguez Michael, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México: 1994) son una expresión vital de la imaginación.

Pero volvamos a *En busca de Klingsor* de Jorge Volpi, que le valió a su joven autor el premio Biblioteca Breve que ofrece la editorial Seix Barral en España. Este texto es una aleación entre personajes históricos y personajes de ficción, entre asuntos y avances científicos durante la época del III Reich y la intriga abierta por la búsqueda del que supervisaba la construcción de la bomba atómica en Alemania, un ser mefistofélico. El suspenso y una profusa información sobre física y química dan lugar a graves planteamientos éticos. Al fondo, impera la maldad y la carrera desbocada por conseguir un descubrimiento dentro del terreno de la ciencia. *En busca de Klingsor*, como dijo de ella el escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, jurado del Premio Biblioteca Breve, “es una novela alemana escrita en español”. El asunto resulta relevante. Volpi es un mexicano que escribió un libro, entre otros, sobre el movimiento estudiantil del 68, y que ha dicho que una de las cosas que más quiere hacer es dar clases en la UNAM. Sin embargo, su novela premiada no tiene nada que ver con México. Es una clausura del realismo literario mexicano, que a

toda costa necesita darle identidad a lo mexicano y a los mexicanos. Sin duda, para armar una novela de lumbre científica se debía salir de México y, sobre todo, de sus tradiciones literarias. El universo de Klingsor estaba en otra parte y Volpi consiguió escribir un texto espléndido para buscar al fermentado personaje de las brumas hitlerianas.

El resplandor de la madera nos regresa a los orígenes, al realismo, al México que se pone en movimiento mediante varias generaciones de una misma familia. Si Carlos Fuentes le infunde a sus historias un sentido mítico, Héctor Aguilar Camín inserta sus textos en condiciones históricas muy precisas. *Morir en el golfo* (1985) se aventuró al viaje de un México profundo. *La guerra de Galio* (1991) reflexionó sobre asuntos políticos y emocionales de toda una generación. Este es al Héctor Aguilar Camín que prefiero, al de *Historias conversadas* (1992), porque el de las preocupaciones sentimentales, como *El error de la luna* (1995), me interesa menos.

El seductor de la patria de Enrique Serna encuentra una veta poco explorada en nuestra literatura: la biografía y, aún menos, la biografía novelada. Un personaje inamovible de nuestro panteón histórico, Antonio López de Santa Anna, acusado de traición a la patria, de la pérdida de Texas, de la bancarrota pública, cobra ahora vida, forma y voz. La novela, estructurada de manera epistolar, nos revela otro pasado y otros confines de la ficción y su factura es excelente.

Como apunté atrás, 1999 ha sido un año rico para la literatura mexicana. No nombraré todas las publicaciones que surgieron a la luz; no tiene caso y además no las he leído todas.

Aún me faltan ciertas remembranzas de este mi paseo en trapezio. Me permito continuar.

A finales de los años sesenta comencé a leer literatura mexicana. La llamada por Margo Glantz “literatura de la onda” se encontraba en su apogeo. Los muy jóvenes de entonces apurábamos los libros de Gustavo Sainz, de José Agustín, de Parménides García Saldaña, de Juan Tovar, y de René Avilés Fabila, y nos reconocíamos en sus textos. Por lo menos, los referentes de las novelas de estos autores nos pertenecían: la ciudad de México, el rock, las clases medias, las drogas que, aunque no se las consumiera, desparramaban su poderío cultural por Occidente. Gustavo Sainz, desde su *Gazapo* (1965), no sólo recogió el lenguaje coloquial de los chavos, sus avatares y sus quebrantos adolescentes, sino que le preocupó formalmente la novela como género. Aquellos que habíamos leído con facilidad *La tumba* (1964) de José Agustín, quien es un narrador habilísimo, nos topamos con *Obsesivos días circulares* (1969), una novela con cierto grado de dificultad, experimental y que rompió con el realismo persecutorio de nuestra literatura.

El rey de la “onda”, sin embargo, sigue siendo José Agustín. No le gusta el término acuñado por Glantz, pero basta con que alguien se acerque a la lectura de *De perfil* (1966) o *Se está haciendo tarde (final en laguna)* (1973) para que aquella literatura roquera, erótica, juvenil, desfachatada y hablantina se precipite sobre el lector con enorme fuerza. José Agustín mantiene un lugar especial en la narrativa mexicana de la segunda mitad del siglo.

Tanto Agustín, como Sainz, Tovar y Parménides, que murió demasiado pronto, dotaron a nuestra literatura de un tono que hoy aún suena en muchos otros escritores, un tono que se aventuró a rebasar una retórica literaria, que nada más Fuentes, con la inclusión de personajes de tan diversos grupos sociales, de frases en otros idiomas había logrado sobrepasar. En la literatura mexicana anterior, en general, había dos posibilidades lingüísticas: la de un narrador culto, la del que parafraseaba a los indígenas y la de los indígenas. Con la onda, el relajamiento del lenguaje y, por ende, su recreación y su renacimiento abrieron una puerta importante a la experimentación.

Me quedo corta. No he hablado de todo aquello que quería abordar. Por ejemplo, de la influencia definitiva de Carlos Monsiváis en muchas generaciones, especialmente en la mía. De los poetas que proporcionan un ritmo, un espacio en la mente y en el lenguaje, propicios para quienes escriben narrativa. Me gustaría extenderme un poco más sobre lo que hacen David Toscana y Eduardo Antonio Parra, pero, si les soy sincera, apenas los he comenzado a leer. Para otra vez, me referiré largamente a Hernán Lara Zavala, a Silvia Molina, a Aline Pettersson, a David Martín del Campo. En fin, a mi generación. Esta vez quise cubrir, a vuelo de pájaro, dos constantes de nuestra narrativa: la realista y la que se rebela. La primera a veces quiere ser apoteósica o nada más nos cuenta los avatares de las clases medias. La otra, se sale por la tangente, se vuelve sinuosa, productiva y, en fin, diferente.